

Capítulo 1

La llegada

Llegué a la isla con dos maletas grandes, dos pequeñas, mochilas y una caja con toda mi vida dentro, al menos la que quería que me acompañase. Toda una vida metida en seis envases. Y la esperanza, puede que absurda, de que algunos lugares supieran empezar una vida mejor que las personas.

El barco acababa de atracar y, durante unos minutos, todo fue ruido: ruedas de equipaje golpeando las juntas del suelo, voces en idiomas que todavía no sabía separar, niños bajando a saltos, turistas buscando el móvil para hacer la primera foto, trabajadores caminando deprisa, como si la isla ya les hubiera enseñado que aquí también se llega tarde.

Yo no me moví enseguida.

Me quedé de pie junto a la barandilla, con una mano apretando el asa de la mochila y la otra dentro del bolsillo, cerrada alrededor de nada. El aire olía a sal y a lluvia reciente. No era el olor de una postal. Era un olor real, un poco sucio, un poco frío, como si el mar también tuviera días en los que no le apetecía ser bonito.

Él bajó primero y, al llegar al último escalón, se giró para ofrecerme la mano.

La cogí.

No porque no pudiera bajar sola. Podía. Había hecho cosas mucho más difíciles que bajar de un barco con maletas y el pelo enredado por el viento. La cogí porque todavía había partes de mi vida que me daban miedo si nadie me tocaba. Partes pequeñas, ridículas, escondidas en gestos que los demás confundían con cariño. A veces, una mano no te salva de nada, pero te recuerda que sigues estando aquí.

Pisamos tierra.

La isla estaba delante de nosotros como una promesa que aún no sabía si iba a cumplir.

No era grande. Desde el puerto se adivinaban casas bajas, bicicletas apoyadas en vallas, tejados oscuros, una carretera estrecha que parecía perderse entre dunas y árboles inclinados por el viento. Más allá, aunque no podía verlo, estaba el hotel. Nuestra casa. El trabajo. La vida que yo había repetido tantas veces en mi cabeza y que, de algún modo, ya llegaba cansada a ella.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Asentí demasiado rápido.

—Sí. Solo estoy mirando.

Era mentira, pero no del todo.

Miraba la isla, sí. Miraba el lugar donde había decidido empezar de cero, aunque nadie me hubiera explicado nunca cómo se hacía eso sin traer contigo todas las cajas que no abriste antes. Miraba las ventanas, las bicicletas, las nubes bajas, los desconocidos que bajaban del barco sabiendo a dónde dirigirse. Miraba cualquier cosa para no tener que mirarme a mí.

Había pasado los últimos meses imaginando aquel momento. En mi cabeza, la llegada tenía una luz distinta. Una luz más cálida, quizá. Yo bajaba del barco y sentía algo parecido a la certeza. Una voz interior, limpia y firme, me decía: era aquí. Has hecho bien. Todo lo anterior tenía sentido porque te trajo hasta este lugar.

Pero la vida casi nunca se parece a las escenas que una ensaya para no tener miedo. En realidad, lo primero que sentí al llegar fue frío. Después cansancio. Después una alegría tan pequeña que casi me dio pena.

Aquí, pensé.

Aquí voy a intentarlo. No dije “ser feliz”. Todavía me parecía una frase demasiado grande. Como ponerse un vestido que no sabes

si te pertenece. Me conformé con algo menos brillante y, quizá por eso, más difícil.

Aquí voy a estar tranquila.

Él tiró de su maleta y yo lo seguí por la pasarela. El puerto estaba lleno de gente que se dispersaba con una facilidad que me dio envidia. Algunos se abrazaban. Otros consultaban mapas. Una mujer mayor colocaba con paciencia una bufanda alrededor del cuello de un niño. Un hombre fumaba junto a una bicicleta cargada con alforjas. Dos chicas se hicieron una foto frente al cartel de bienvenida, sonriendo como si acabaran de descubrir el principio de algo inolvidable. Yo también miré el cartel. Era de madera clara, con letras azules gastadas por la sal. Detrás, unas flores pequeñas se agitaban con violencia, resistiendo como podían el viento.

Bienvenidos a la isla, decía.

Parpadeé.

Durante un segundo, solo uno, habría jurado que las letras cambiaban. No se movieron. No brillaron. No hicieron nada que pudiera contarse sin parecer una idiota. Simplemente, mi cabeza leyó otra cosa. O mi corazón. O esa parte de una que siempre está buscando señales, porque cree en ellas.

Bienvenida de nuevo.

Me quedé quieta.

—¿Qué pasa? —preguntó él, que ya había avanzado unos pasos.

Volví a mirar.

Bienvenidos a la isla.

Nada más.

Las mismas letras. La misma madera. Las mismas flores peleando con el aire.

—Nada —dije—. Creí haber leído mal.

Él sonrió, sin darle importancia.

—Estás agotada.

Yo también sonreí, porque era una explicación cómoda. El cansancio sirve para justificar casi cualquier cosa: una frase que no estaba, un temblor en las manos, unas ganas repentinas de llorar frente a un cartel turístico. Seguimos andando.

La estación del puerto era pequeña, más funcional que bonita. Había una cafetería con los cristales empañados, una tienda de recuerdos, un panel con mapas de rutas y horarios, y un banco de madera donde alguien había dejado un periódico doblado. Todo tenía ese aire de los lugares de paso: cosas pensadas para que nadie se quede demasiado tiempo y, aun así, llenas de rastros de quienes acaban quedándose un poco.

Mientras él revisaba el móvil para confirmar la dirección, yo me acerqué al panel de mapas. La isla aparecía dibujada en colores suaves: caminos de bicicleta, playas, dunas, zonas verdes, el faro en un extremo, el puerto en el otro. Todo parecía sencillo visto desde allí. Un pedazo de tierra rodeado de agua. Un lugar medible. Cruzable. Comprensible.

Qué mentira tan bonita son los mapas.

A veces una mira un mapa y cree que entender un sitio consiste en saber dónde están sus calles. Como si los lugares no tuvieran también zonas que no aparecen dibujadas. Habitaciones interiores. Pasillos emocionales. Playas donde una pierde algo sin saberlo. Bancos donde años después encuentra una frase que nadie debería conocer. Yo todavía no sabía eso. Todavía creía que la isla era solo una isla.

—Tenemos que ir hacia allí —dijo él, señalando una carretera estrecha—. No parece lejos.

—Vale.

Cogí las maletas como pude y la caja enganchada en el asa de una de ellas. Una de las ruedas se atascó en una grieta del suelo

y tuve que tirar con fuerza, y la caja cayó al suelo. El golpe seco me sacó de mis pensamientos. Me agaché para colocarla bien y, al hacerlo, vi algo bajo el banco.

Una postal.

Estaba boca abajo, atrapada entre una pata de madera y una mancha oscura que podía ser café seco o agua de lluvia. No tenía nada de especial. Solo un rectángulo pequeño, un objeto perdido más entre todos los objetos que una isla debe tragarse cada temporada: guantes, tickets, llaves, pañuelos, juguetes diminutos, promesas hechas con demasiado sol.

No la cogí.

No sé por qué la vi. No sé por qué me fijé en ella. Tal vez porque estaba justo ahí, en el borde de mi mirada. Tal vez porque algunas cosas no aparecen: esperan.

Él ya caminaba hacia la salida.

—¿Puedes con todo?

Me incorporé.

—Sí.

Dejé la postal donde estaba. No hay ninguna razón para recoger lo que no es tuyo el primer día en un lugar nuevo. Una nunca sabe qué clase de energía puede contener cada objeto que encuentra, y eso me daba miedo.

La carretera nos recibió con una ráfaga de viento. Caminamos en silencio durante unos minutos. A los lados había casas pequeñas, jardines con flores resistentes, bicicletas apoyadas contra paredes de ladrillo y ventanas sin cortinas desde las que se veían lámparas encendidas aunque todavía era de día. Me gustó eso. La gente que enciende lámparas antes de que haga falta siempre me ha parecido que intenta proteger algo.

Yo también quería proteger algo.

No sabía exactamente qué.

Quizá aquella versión de mí que todavía creía que una casa podía salvarte. Quizá la que había imaginado desayunos tranquilos, una cama cómoda, turnos soportables, tardes libres para caminar, libretas llenándose poco a poco. Quizá la que, por debajo del miedo y del cansancio, aún tenía el descaro de esperar una vida bonita.

—Va a salir bien —dijo él, como si me hubiera oído pensar.

Lo miré.

También parecía cansado, pero en su cara había algo más simple que en la mía. Él miraba la isla como se mira un sitio nuevo. Yo la miraba como si pudiera darme una respuesta.

—Ya lo sé —mentí.

Él no insistió.

A veces amar a alguien también es dejar que mienta un poco cuando necesita sostenerse.

El viento empujaba desde el mar y hacía que las ruedas de las maletas sonaran más fuerte de lo normal. Cada pocos metros, yo miraba hacia atrás sin saber por qué. El puerto se iba haciendo pequeño. El cartel de bienvenida ya no se leía. La cafetería era apenas una mancha de cristal. El banco había desaparecido tras un grupo de recién llegados.

Pensé otra vez en la postal.

Me molestó pensar en ella.

Me molestó más todavía haberla dejado.

No sabía entonces que esa sería la primera regla de la isla: nada de lo que te llama una vez deja de llamarte solo porque decidas no escuchar.

Llegamos a la casa con los dedos fríos y la ropa oliendo a barco, a todo el viaje, a todos los países que habíamos cruzado para llegar. Dejamos las maletas en medio del suelo, abrimos ventanas, comprobamos enchufes, hicimos una lista mental de

todo lo que faltaba y otra, más silenciosa, de todo lo que esperábamos que ese lugar nos diera.

Yo sonreí varias veces. Dije que era bonita. Dije que tenía posibilidades. Dije que cuando la ordenáramos sería otra cosa. Y era verdad. Pero al quedarme sola un momento en la habitación, con la puerta entreabierta y el ruido de él moviendo algo en la cocina, apoyé la mano sobre la pared blanca.

La casa estaba fría. Parecía llevar mucho tiempo esperando a alguien, aunque todavía no supiera si éramos nosotros. Cerré los ojos y durante un instante, tuve la sensación absurda de que la isla respiraba al otro lado de las ventanas. No como respiran los animales ni las personas, sino como respiran los lugares cuando una llega con demasiadas cosas dentro.

Despacio, hondo, paciente.

Abrí los ojos antes de que el pensamiento pudiera volverse miedo.

Esa noche, antes de dormir, él me preguntó de nuevo si estaba bien. Yo dije que sí. Esta vez no mentí del todo. Estaba cansada. Estaba asustada. Estaba lejos. Estaba empezando una vida que todavía no sabía cómo vivir. Pero también había algo más, una pequeña brasa bajo todo lo demás. Una parte de mí, casi enterrada, casi ridícula, casi niña, quería creer. Quería creer que la isla no se había equivocado al recibirme. Quería creer que yo tampoco me había equivocado al venir.

Apagué la luz.

El cuarto quedó a oscuras, salvo por una línea pálida que entraba por la ventana. Afuera, el viento movía algo contra la fachada: una rama, quizá, o cualquier otra cosa normal.

Intenté dormir.

Pero justo antes de caer del todo, cuando el pensamiento empieza a deshacerse y los recuerdos se mezclan con los sueños, volví a ver la postal bajo el banco. Esta vez estaba boca arriba.

En la imagen había una isla que se parecía a aquella. Y, sin embargo, no era la misma.

POSTAL I — PUERTO



Para:

La mujer que llegó con demasiadas maletas
y fingió que solo pesaban por dentro.

**Dirección:**

La casa que todavía no sabe su nombre.
La calle que aprenderá de memoria.
La vida que aún no se atreve a tocar.

Hay cosas que una no recoge
porque todavía no sabe que le pertenecen.

Te vi quedarte quieta frente al cartel.
Te vi leer otra frase donde solo había bienvenida.
Te vi coger una mano para bajar del barco,
porque algunas llegadas necesitan testigos.

Yo me quedé bajo el banco.

Esperando.

Aquí las cosas no desaparecen
aprenden otro camino para encontrarte.

Volverás.

Tendrás que entender que ninguna isla salva
a quien sigue huyendo de sí misma.

Y entonces, cuando ya no vengas buscando una respuesta,
me encontrarás.

Me darás la vuelta
y leerás lo que nunca estuvo escrito:

Bienvenida de nuevo.



Capítulo 2

La casa que todavía no sabía mi nombre

La primera mañana en la isla me desperté sin saber dónde estaba.

No fue un despertar brusco, de esos en los que el cuerpo se incorpora antes que la cabeza. Fue más bien una confusión lenta. Abrí los ojos y tardé unos segundos en entender el techo blanco, la luz gris entrando por la ventana, el sonido del viento rozando algo fuera, quizá una rama, quizá una canaleta, quizá una de esas cosas normales que por la noche parecen otra cosa.

Alberto dormía a mi lado, de espaldas, con la cabeza rapada casi escondida bajo la manta y un brazo fuera, como si ni siquiera el frío hubiera logrado convencerlo de meterse del todo en la cama. Respiraba tranquilo. O eso parecía. Siempre me había dado envidia la gente capaz de dormir en lugares nuevos como si el mundo no acabara de moverse debajo de sus pies.

Durante un momento tuve la sensación de haber llegado a una vida ajena. Había maletas abiertas en el suelo, ropa doblada a medias, bolsas de supermercado que no habíamos terminado de vaciar, una caja junto a la pared y dos tazas sobre la encimera pequeña de la cocina, todavía con las etiquetas pegadas debajo. Todo era nuestro, pero nada parecía pertenecer todavía a ningún sitio.

Me incorporé despacio para no despertarlo. El suelo estaba frío y me arrepentí de no haber dejado unas zapatillas cerca. Caminé hasta la ventana envuelta en la manta y aparté un poco la cortina.

La calle parecía otra a la luz de la mañana. La noche anterior la había visto como se ven los lugares al llegar cansada: a trozos, sin orden, con la sensación de que cualquier esquina podía convertirse en amenaza solo porque una no tiene fuerzas para entenderla. Ahora, en cambio, había una calma limpia. Casas bajas, bicicletas apoyadas contra las fachadas, macetas